*Crónica histórica:* **Entre vainilla, petróleo y memoria**

**Por:** Carlos Gael Escobedo Hernández

*Estudiante del Bachillerato General Oficial Francisco I. Madero*

1. **Las raíces en la voz de mi madre**

Crecí escuchando fragmentos de una historia que parecía tan lejana como cercana, tan real como mágica. Esa historia no venía de los libros ni de los documentales; venía de las conversaciones en la cocina, de los relatos al calor del café, de los silencios y las risas de mi madre, Amalia Hernández García, nacida en 1984, hija de Papantla y de Poza Rica, testigo de la transformación de dos mundos que forman parte esencial del norte de Veracruz.

Un día, como parte de un proyecto escolar del Bachillerato General Oficial Francisco I. Madero —donde buscamos rescatar la riqueza cultural que corre por nuestras venas—, decidí entrevistarla. Pero esa entrevista, lejos de ser un simple trabajo académico, se convirtió en una experiencia íntima, reveladora. Fue abrir una puerta a la memoria de una generación que vivió la transición entre lo tradicional y lo moderno, entre el campo y la ciudad, entre la lengua indígena y el español globalizado.

1. **Papantla: entre los Voladores y la neblina de los cerros**

Mi madre nació y pasó gran parte de su infancia en Papantla de Olarte, el corazón espiritual del pueblo totonaca. Me contó que, de niña, caminaba por calles empedradas rodeadas de casas antiguas, de techos rojos y ventanas de madera. Aún se podía oler el dulce perfume de la vainilla, que secaban en los patios traseros, mientras las señoras tejían bordados en silencio, y los hombres preparaban el copal para los altares.

La cultura totonaca no era un museo, era vida cotidiana. Recuerda cómo los adultos hablaban en totonaco, especialmente en las comunidades vecinas como el Tajín o El Chote. Los Voladores, símbolo internacional del patrimonio cultural, eran entonces hombres del pueblo, a veces familiares, que ensayaban en los campos antes de las festividades. Nada era espectáculo: era ceremonia.

Las festividades eran parte esencial del ritmo de vida. El Día de Muertos se vivía con devoción. Los altares no eran una moda, sino una manera de reencontrarse con los que se habían ido. La Semana Santa, la fiesta de la virgen, el carnaval… todo estaba impregnado de un sentido comunitario profundo. La tierra hablaba, y la gente escuchaba.

Pero también me habló del cambio. A lo largo de los años, muchas de esas tradiciones empezaron a debilitarse. La migración, la modernidad, la necesidad de buscar empleo en otros lugares hizo que muchos jóvenes dejaran sus raíces. Sin embargo, no todo se ha perdido. Me habló con emoción de cómo ahora, desde la Cumbre Tajín hasta los talleres culturales comunitarios, hay una fuerte voluntad de rescatar lo nuestro: de enseñar el idioma totonaco en las escuelas, de revalorar los saberes ancestrales, de dar voz a los abuelos.

1. **Poza Rica: el sueño industrial y su declive**

A la par, la vida en Poza Rica ofrecía un contraste casi cinematográfico. La ciudad, nacida al calor del petróleo, era un hervidero de movimiento. En los años 80 y 90, la Presencia de Pemex era absoluta: la economía, la identidad y hasta la arquitectura urbana giraban en torno a la industria petrolera. Los trabajadores vestían sus overoles azules, y muchas familias vivían del auge económico que traía consigo el “oro negro”.

Mi madre recuerda cómo se formaban nuevas colonias, cómo llegaban familias de diferentes partes del país, lo cual convertía a Poza Rica en un lugar culturalmente diverso, aunque menos arraigado a las tradiciones regionales. Allí se vivía con prisa, con metas prácticas, con ambición.

Pero el tiempo también cobró factura. La caída de la industria petrolera trajo consigo desempleo, inseguridad y una crisis de identidad. De ser una ciudad de crecimiento y esperanza, Poza Rica pasó a convertirse en un lugar de resistencia, de lucha por mantener la dignidad y la vida en medio de los retos.

Aun así, no todo ha sido decadencia. Me habló de cómo han surgido nuevas expresiones culturales en la ciudad: el arte urbano, los festivales juveniles, las radios comunitarias, los cafés con micrófono abierto. Nuevas generaciones están intentando rehacer la historia, no desde la nostalgia, sino desde la reinvención.

1. **Lo que nos deja el pasado**

Lo que más me marcó de la entrevista fue una frase que dijo mi madre casi al final, como al pasar: “La cultura no se ha perdido; solo ha cambiado de forma.” Y es verdad. Las costumbres no son estáticas. Se transforman, se adaptan, sobreviven. La niñez de mi madre está llena de sonidos, colores, sabores y lenguas que hoy aún laten, aunque sea en nuevas formas.

Lo que he descubierto es que Papantla y Poza Rica son espejos de muchas comunidades del país: pueblos que buscan no olvidar, ciudades que buscan reconfigurarse, personas que viven entre la memoria y la esperanza.

1. **La herencia en la voz y en la sangre**

Para mí, como joven estudiante de bachillerato, esta crónica no es solo un recuento de lo que fue. Es un llamado. Un recordatorio de que somos herederos de una riqueza enorme, que se manifiesta en las danzas, en la lengua totonaca, en las recetas tradicionales, en los cuentos de los abuelos. Pero también en la capacidad de resistir, de reconstruir, de volver a empezar.

Mi madre es testimonio vivo de una época de transición. Y al contar su historia, también estoy contando la mía. Porque aunque nací en tiempos distintos, sus recuerdos viven en mí, y me dan la responsabilidad —y el privilegio— de llevarlos adelante.

Hoy, más que nunca, sé que rescatar la cultura no es mirar al pasado con tristeza, sino con orgullo. Y entender que en cada palabra, en cada danza, en cada historia que recogemos, está la semilla de lo que seremos mañana.